

**RÉQUIEM JACK
POR
LOS HIGGINS
QUE VAN A MORIR**



Hábil retrato del IRA terrorista. Réquiem por los que van a morir es una cautivadora descripción de los remordimientos de conciencia y la dureza de las situaciones a que se ven abocados quienes argumentan con las armas sus ideas. *Best seller* de calidad y ritmo trepidante, ha merecido ser adaptada al cine.

*Para Philip Williams,
El Experto*

RÉQUIEM POR LOS QUE VAN A MORIR

Jack Higgins

1

Fallon

El coche de la policía dio la vuelta a la esquina. Fallon se refugió instintivamente en el portal más próximo y esperó a que pasara. Aguardó un par de minutos y después siguió su camino. Empezó a llover y Fallon se subió las solapas de la gabardina para no mojarse.

Siguió andando entre las sombras en dirección a los muelles, con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina azul oscuro. Era un hombre moreno y menudo — mediría metro sesenta o metro sesenta y cinco— y, en lugar de caminar, parecía que se deslizara.

Un barco salía lentamente del Pool de Londres y hacía sonar la sirena entre la niebla. Era un sonido extraño y obsesionante: el último dinosaurio moviéndose sin rumbo a través de una ciénaga prehistórica, solo, en un mundo desconocido. La imagen encajaba perfectamente con su estado de ánimo.

Al final de la calle, frente al río, había un almacén. Un cartel rezaba: «Janos Kristou - Importador». Fallon abrió la portezuela de la entrada y pasó al interior.

El almacén estaba atestado de fardos y embalajes de todo tipo. Estaba muy oscuro, pero había una luz en el otro extremo y se dirigió hacia ella. Un hombre sentado ante una mesa escribía laboriosamente bajo una bombilla desnuda en un libro de contabilidad grande y anticuado. No

tenía casi pelo y el poco que le quedaba formaba un flequillo blanco, sucio y pegajoso. Llevaba una vieja zamarra y mitones de lana.

Fallon dio un paso adelante en silencio y el viejo, sin darse la vuelta, dijo:

—¿Eres tú, Martin?

Fallon avanzó hacia la zona iluminada por la bombilla y se detuvo ante la mesa.

—Hola, Kristou.

Junto a él, en el suelo, había una caja de madera sin cerrar. Levantó la tapa y cogió una ametralladora Sterling bien untada de grasa protectora.

—Veo que sigues con esto. ¿Para quién son? ¿Para los judíos, para los árabes o has empezado a tomar partido?

Kristou se inclinó, le quitó la Sterling y la volvió a colocar en la caja.

—Yo no he hecho que el mundo sea como es —dijo.

—Quizá no. Pero desde luego has puesto tu granito de arena.

Fallon encendió un cigarrillo.

—Me han dicho que quieres verme.

Kristou dejó el bolígrafo y le miró pensativo. Su cara, llena de arrugas, era de color pergamino; los ojos, azules, tenían una mirada despierta e inteligente.

—No tienes muy buen aspecto, Martin —dijo.

—Nunca me he encontrado mejor —contestó Fallon—. Bueno, ¿qué hay de mi pasaporte?

Kristou sonrió amablemente.

—Me parece que no te vendría mal un trago. —Cogió de un cajón una botella y dos vasos de papel—. *Whisky* irlandés, el mejor. Para que te sientas como en casa.

Fallon vaciló y luego tomó uno de los vasos. Kristou alzó el otro.

—Ojalá mueras en Irlanda. ¿No es eso lo que dicen?

Fallon apuró su *whisky* y estrujó el vaso de papel con la mano derecha.

—Mi pasaporte —dijo con voz queda.

—En cierto modo, no está a mi alcance, Martin —dijo Kristou—. Quiero decir que hay gente que te busca con tanta insistencia que las cosas cambian.

Fallon rodeó la mesa y se quedó quieto un momento, con la cabeza inclinada hacia delante y las manos metidas en los bolsillos de su gabardina azul. Levantó la cara lentamente; sus negros ojos, de mirada vacía, ardían en su pálido rostro.

—Si estás intentando atornillarme, viejo, olvídalos. Te di todo lo que tenía.

El corazón de Kristou se detuvo un instante. Notó una punzada en el vientre.

—Dios mío, Martin —dijo—. Sólo te falta una capucha para parecer la misma muerte.

Fallon seguía de pie. Sus ojos, semejantes a vidrios negros, miraban fijamente, y de repente algo cambió en él. Giró sobre sí mismo como para irse.

Kristou dijo rápidamente:

—Hay una solución.

Fallon vaciló.

—¿Cuál?

—Tu pasaporte, un camarote en un barco de carga que sale de Hull el domingo por la noche en dirección a Australia... —Hizo una pausa—. Y dos mil libras en tu bolsillo para empezar de nuevo.

Fallon dijo con incredulidad:

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Matar a alguien?

—Exactamente.

Fallon rió suavemente.

—Te vas superando, Kristou. De verdad.

Alcanzó la botella de *whisky*, vació el vaso de Kristou en el suelo y lo llenó de nuevo. El viejo le miraba, esperando. La lluvia golpeaba en la ventana como si alguien quisiera entrar. Fallon cruzó la habitación y miró hacia la vacía calle.

Había un coche aparcado en la entrada de un callejón situado a la izquierda. Tenía las luces apagadas. Interesante. Río abajo se oyó otra vez la sirena, esa vez más lejos.

—Una noche desagradable —dijo Fallon volviéndose—. Pero adecuada.

—¿Adecuada para qué, Martin? —preguntó Kristou.

—Oh, para gente como tú y como yo.

Vació el vaso de un trago, volvió a la mesa y lo colocó ante Kristou con mucho cuidado.

—De acuerdo —dijo—. Te escucho.

Kristou sonrió.

—Ahora eres sensato. Mira esto.

Abrió una carpeta de papel manila, sacó una foto y la empujó a través de la mesa.

Fallon la cogió y la sostuvo bajo la luz. No cabía duda de que la habían tomado en un cementerio. En primer plano aparecía un monumento bastante curioso. Era una figura de bronce que representaba una mujer levantándose de una silla, como si quisiera salir por la puerta entreabierta enmarcada por dos columnas de mármol que había detrás de ella. Ante el monumento, un hombre con un abrigo negro y sin sombrero estaba arrodillado sobre una sola rodilla.

—Y ahora esto.

Kristou le tendió otra foto.

La escena era la misma, salvo un detalle importante. El hombre del abrigo oscuro estaba de pie, de cara a la cámara, con un sombrero en la mano. Era robusto, medía al menos un metro ochenta y cinco o un metro noventa, y las dimensiones del tronco y los hombros eran proporcionados a su talla. Tenía rasgos eslavos, pómulos achatados y ojos estrechos.

—Parece de ese tipo de hombres de los que es mejor mantenerse alejado —dijo Fallon.

—Mucha gente estaría de acuerdo contigo.

—¿Quién es?

—Se llama Krasko, Jan Krasko.

—¿Polaco?

—De origen, pero hace mucho tiempo que inmigró. Vive aquí desde antes de la guerra.

—¿Y dónde es aquí?

—En el norte. Se te dirá dónde en el momento adecuado.

—¿Y la mujer de la silla?

—Era su madre. —Kristou cogió la foto y la miró—. Todos los martes por la mañana, sin falta, llueva o haga sol, allí está, con su ramo de flores. Estaban muy unidos.

Volvió a meter las fotos en la carpeta y miró a Fallon de nuevo.

—¿Y bien?

—¿Qué ha hecho para merecerme?

—Un asunto de negocios, eso es todo. Lo que podríamos llamar un conflicto de intereses. Mi cliente ha intentado ser razonable, pero Krasko no ha aceptado el juego. Así que tiene que desaparecer, y con la mayor publicidad posible.

—¿Para animar a los demás?

—Algo parecido.

Fallon volvió a acercarse a la ventana y miró hacia la calle. El coche seguía en el callejón. Habló sin volverse.

—¿Y cuál es exactamente el género de negocios de Krasko?

—De todo —dijo Kristou—. Clubes, juego, casas de apuestas...

—¿Putas y drogas? —Fallon se dio la vuelta—. ¿Y tu cliente?

Kristou levantó la mano en ademán de defensa.

—Ahora vas demasiado lejos, Martin. No eres razonable.

—Buenas noches, Kristou.

Fallon se dio la vuelta y empezó a alejarse.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Kristou alzando la voz; había en ella algo parecido al pánico—. Tú ganas.

Mientras Fallon se acercaba a la mesa, Kristou abrió un cajón y buscó en su interior. Sacó otra carpeta, la abrió y extrajo unos recortes de periódico. Buscó entre ellos, encontró lo que quería y se lo tendió a Fallon.

El recorte amarilleaba por las puntas y tenía fecha de dieciocho meses atrás. El artículo se titulaba «El Al Capone inglés».

Incluía una foto de un hombre grande y pesado bajando por una escalera. Su rostro era carnoso y arrogante, y llevaba un sombrero en la mano y un abrigo cruzado de lana azul oscuro con un pañuelo en el bolsillo del pecho. A su lado había un joven de unos diecisiete o dieciocho años vestido con un abrigo similar, pero era imberbe y albino. Llevaba el cabello largo hasta los hombros, lo que le daba cierto aire de ángel decadente.

El pie de la foto decía: «Jack Meehan y su hermano Billy saliendo de la Dirección General de la Policía de Manchester tras un interrogatorio en relación con la muerte de Agnes Drew».

—¿Quién era Agnes Drew? —preguntó Fallon.

—Una puta que mataron a patadas en un callejón. Gajes del oficio. ¿Sabes lo que es?

—Puedo imaginármelo. —Fallon miró la foto de nuevo—. Parece una siniestra pareja de empleados de pompas fúnebres.

Kristou se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Tiene verdadera gracia, ¿sabes? Eso es exactamente lo que es el señor Meehan. Dirige una de las mayores empresas de pompas fúnebres del norte de Inglaterra.

—¿Cómo, no se trata de clubes ni de casas de juego? ¿Ni putas, ni drogas? —Fallon dejó el recorte en la mesa—. No es eso lo que dice aquí.

—De acuerdo. —Kristou se recostó, se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo sucio—. ¿Y si te dijera que actualmente el señor Meehan es totalmente legal? Hay gente

como Krasko que intenta presionarle. Presionan fuerte... y la ley no va a ayudarlo.

—Ya, ahora lo entiendo —dijo Fallon—. Se trata de su reputación.

—Eso es. —Kristou dio un puñetazo en la mesa—. Exactamente eso. —Se ajustó las gafas de nuevo y miró a Fallon con ansiedad—. ¿Cerramos el trato, pues?

—Sí —dijo Fallon fríamente—. No tocaría a Krasko o a tu amigo Meehan ni con pinzas. Podría contagiarme.

—Por el amor de Dios, Martin, ¿qué te importa tener uno más en la lista? —Kristou gritó mientras Fallon se daba la vuelta para marcharse—. ¿Cuántas personas mataste, allá abajo? ¿Treinta y dos? ¿Treinta y cuatro? Sólo en Londonderry ya fueron cuatro soldados.

Se levantó rápidamente, echó la silla hacia atrás, rodeó la mesa y agarró a Fallon por el brazo.

Fallon lo apartó de un empujón.

—Todo lo que he hecho ha sido por la causa. Porque creí que era necesario.

—Muy noble —dijo Kristou—. ¿Y qué me dices de los niños de aquel autobús escolar que hiciste volar y que quedaron convertidos en una masa sanguinolenta? ¿También fue por la causa?

Una mano de hierro lo cogió por el cuello y lo echó sobre la mesa, y se encontró mirando la boca de una Browning automática, tras la cual estaba Fallon. Su rostro volvía a parecer el de un diablo pálido. Oyó el ruido del arma al ser amortillada.

Kristou estuvo a punto de desmayarse. Sus intestinos se agitaron y un fuerte hedor llenó el aire frío del almacén. Fallon lo soltó con un gesto de desagrado.

—No lo repitas, Kristou —murmuró. La Browning permanecía firme como una roca en su mano izquierda—. Jamás.

El arma desapareció en el bolsillo derecho de la gabardina. Fallon se dio media vuelta y se alejó; sus pasos reso-

naron en el suelo de hormigón. Se oyó un portazo.

Kristou se levantó cautelosamente, con lágrimas de vergüenza y de rabia en los ojos. Se oyó una risa, y una voz con acento de Yorkshire, agresiva y áspera, dijo desde las sombras:

—Esto es exactamente lo que yo llamo estar lleno de mierda, Kristou.

Jack Meehan caminó hacia la luz con su hermano Billy pisándole los talones. Iban vestidos exactamente igual que en la fotografía del periódico, lo que resultaba muy chocante.

Meehan cogió el recorte.

—¿Para qué le has enseñado esto? Demandé al imbécil que lo escribió y gané.

—Es verdad —dijo Billy Meehan con una risita—. El juez le hubiera hecho pagar un céntimo por daños y perjuicios si no fuera porque ya no existe esa moneda.

Tenía una voz aflautada y repelente, nada masculina.

Meehan, de modo mecánico, le dio en la boca con el revés de la mano. Se dirigió a Kristou mientras arrugaba la nariz con un gesto de desagrado:

—Ve a limpiarte el culo, por el amor de Dios. Luego hablaremos.

Cuando Kristou volvió, Meehan estaba sentado a la mesa sirviéndose *whisky* en un vaso de papel limpio. Su hermano estaba de pie detrás de él. Bebió un sorbo, lo escupió e hizo una mueca.

—Ya sé que los irlandeses son gente muy bruta, pero ¿cómo pueden beber esta porquería?

—Lo siento, señor Meehan —dijo Kristou.

—Ya lo sentirás antes de que acabe contigo. La has jodi-do, ¿eh?

Kristou se humedeció los labios reseco y manoseó las gafas.

—No creía que fuera a reaccionar de ese modo.

—¿Qué demonios esperabas? Está chalado, ¿no? Allí todos lo están, van por la calle disparando a las mujeres y cargándose a los críos. ¿Te parece que eso es muy civilizado?

A Kristou no se le ocurría nada. Billy le sacó del apuro diciendo con tono despreocupado:

—Pues a mí no me ha parecido gran cosa. Es un retaco. Sin un arma en la mano no sería nada.

Meehan suspiró profundamente.

—¿Sabes?, hay días en que me haces desesperar, Billy. Acabas de ver al mismo diablo y ni te has enterado. —Rió de nuevo ásperamente—. Nunca lo tendrás tan cerca, Kristou. Lo habías sacado de quicio, viejo imbécil, estaba tan furioso que era capaz de matarte, y sin embargo la pistola ni siquiera se ha movido un milímetro.

Kristou se estremeció.

—Ya lo sé, señor Meehan. Calculé mal. No tenía que haber mencionado a esos niños.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con él?

Kristou miró a Billy y luego volvió a mirar a su hermano, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Quiere decir que todavía lo quiere, señor Meehan?

—¿No lo quiere todo el mundo?

—Eso parece.

Rió nerviosamente. Meehan se levantó y le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Arréglalo, Kristou, sé buen muchacho. Ya sabes dónde estoy. Si no tengo noticias tuyas a medianoche, te enviaré a Albert el Gordo y no creo que esto te guste, ¿verdad?

Caminó hacia la oscuridad seguido por su hermano. Kristou se quedó allí de pie, escuchando aterrorizado cómo se iban. La puerta se abrió y se oyó la voz de Meehan:

—¿Kristou?

—Sí, señor Meehan.

—No te olvides de bañarte al llegar a casa. Hueles igual que el establo de mi tía Mary.

Se oyó cómo se cerraba la puerta y Kristou se hundió en la silla, moviendo los dedos con nerviosismo. Maldito Fallon. Se lo tenía merecido si lo delataba.

Y entonces se le ocurrió. Una solución perfecta y simple.

Cogió el teléfono, llamó a Scotland Yard y pidió que le pusieran con la Sección Especial.

Llovía bastante y Jack Meehan se detuvo antes de cruzar la calle, para levantarse el cuello del abrigo.

—Todavía no lo entiendo —dijo Billy—. ¿Por qué es tan importante conseguir a Fallon?

—Primero, porque no hay nadie como él con un arma en la mano —dijo Meehan—. Segundo, porque todo el mundo quiere cogerlo. La Sección Especial, la Inteligencia Militar, incluso sus viejos compañeros del IRA, lo que significa, en tercer lugar, que se puede usar y tirar.

—¿Qué quiere decir eso? —dijo Billy mientras daban la vuelta a la esquina del callejón y se dirigían hacia el coche.

—¿Por qué no intentas leer algunos libros, por el amor de Dios? —exclamó Meehan—. Sólo piensas en chicas.

Habían llegado al coche, un Bentley Continental, y Meehan agarró a Billy por el brazo y tiró de él con un gesto brusco.

—¿Qué demonios pasa? ¿Dónde está Fred?

—Sólo es una ligera conmoción, señor Meehan. Nada más. Está durmiendo en el asiento de atrás.

Brilló una cerilla en un portal cercano e hizo resaltar el rostro de Fallon en la oscuridad. Tenía un cigarrillo en los labios. Lo encendió y lanzó la cerilla a la alcantarilla.

Meehan abrió la puerta del Bentley y encendió las luces.

—¿Qué está buscando? —dijo tranquilamente.

—Sólo quería verle a usted en carne y hueso, por así decirlo. Eso es todo —dijo Fallon—. Buenas noches.

Empezó a andar y Meehan le agarró por el brazo.

—Me gusta, Fallon. Creo que tenemos mucho en común.

—Lo dudo.

Meehan no le hizo caso.

—Últimamente he estado leyendo a un filósofo alemán. No lo conocerá. Dice que para vivir de un modo auténtico es necesario hacer frente a la muerte con resolución. ¿Está de acuerdo?

—Heidegger —dijo Fallon—. Es interesante que le guste. Era la biblia de Himmler.

Se dio de nuevo la vuelta y Meehan se plantó rápidamente ante él.

—¿Heidegger? —dijo—. ¿Ha leído a Heidegger? —Su voz reflejaba auténtica sorpresa—. Doblo la oferta y le ofrezco un trabajo estable. No puedo ir más lejos.

—Buenas noches, señor Meehan —dijo Fallon, y se sumergió en la oscuridad.

—¡Qué tío! —dijo Meehan—. Es un tipo realmente terco. Bueno, Billy, me gusta, aunque sea un jodido irlandés. —Se dio la vuelta—. Vamos, volvamos al Savoy. Conduce, y como no trates bien el coche, te corto los huevos.

Fallon tenía una habitación en una casa de huéspedes de Hanger Street, en Stepney, a la salida de Commercial Road. Estaba a poco más de tres kilómetros, así que se fue andando a pesar de la lluvia. No tenía ni la más ligera idea de qué iba a pasar. Kristou había sido su única esperanza. Estaba acabado, sencillamente. Podía seguir, pero ¿por cuánto tiempo?

Cuando llegó cerca de su lugar de destino, sacó la cartera y verificó su contenido. Cuatro libras y unas pocas monedas. Y debía ya dos semanas de alquiler. Entró en una taberna para comprar cigarrillos y después cruzó la calle en dirección a Hanger Street.